

precisión en el concepto. También debo mucho de mi iniciación literaria a mi hermano mayor, Antonio, quien tuvo una educación clásica, de modo que le eran familiares los escritores latinos del Siglo de Oro. Antonio tenía grandes dotes oratorias; su elocuencia era vibrante y gustaba de los grandes periodos castellanos al estilo de Granada, a quien han llamado «el Amazonas de la lengua castellana». Gustaba también de analizar verso a verso y frase a frase los pasos literarios que más le interesaban. Y en ese trato constante, en esa conversación asidua, de que formaban parte mi padre, Joaquín Valencia, Joaquín Rebolledo, Carlos Albán, Hermógenes Cajiao, el filósofo cínico y mi hermano Antonio, fui aquilatando mi gusto literario y afirmando mi vocación poética.

Mi padre leía muy bien, era un gran lector. En casa se leía cotidianamente en voz alta, y él hacía leer a mis hermanos, comentando después el capítulo leído. La biblioteca de mi padre era selecta, y en ella encontraba pábulo nuestra sed de conocimiento y mi infinita curiosidad intelectual, de que los años no han logrado curarme.

Al llegar aquí juzgo oportuno decir algo más acerca del doctor Joaquín Valencia, padre del poeta, a quien él rinde, hasta donde la modestia se lo permite, el homenaje de su gratitud filial por el papel importantísimo que jugó en la formación de su espíritu y de su carácter.

El doctor Joaquín Valencia, al decir de sus contemporáneos, fué un varón ilustre: eminente jurisconsulto, matemático distinguido, filósofo, conocedor avanzado de las lenguas latina, inglesa, francesa e italiana. Cuando murió, don Sergio Arboleda dijo de él en la clase de Derecho Canónico de la Universidad del Cauca: «Con el Dr. Joaquín Valencia ha perdido Colombia uno de sus mejores jurisconsultos y el partido conservador, su primera cabeza». Era un civilista formidable, orador de grandes arrestos tribunicios, conversador interesante y discreto, varón lleno de dignidad y de respeto propio, pulcro en el vestir como en todas sus cosas, austero, prestantísimo. Tenía el *decorum* de los romanos.

—¿Fué muy severo y estricto con ustedes? —inquirí al Maestro.

—Mi padre era un hombre de costumbres tan austeras y rígidas, que siendo ya mis hermanos mayores de edad, jamás se atrevieron a fumar en su presencia, y tenían que estar en casa a las siete de la noche, hora en la que invariablemente se cerraba el portón. Era amigo de la ironía y solía emplearla como correctivo tanto en el trato con sus hijos como con sus discípulos. Una vez, siendo mi padre Rector de la Universidad del Cauca, el portero se quejó ante él de que los estudiantes habían hecho en uno de los cuadros negros la caricatura de la flaca y caduca humanidad porteril. Mi padre comprobó por sí mismo el desaguisado, y dirigiéndose a los alumnos responsables, los amonestó de esta suerte: «Les suplico, caballeros, que en lo sucesivo se abstengan de pintar muñecos tan parecidos al portero...»

El doctor Joaquín Valencia fué también Rector del Seminario de Popayán, que en aquellos tiempos tenía mucho prestigio como centro cultural.

Guillermo Valencia puso fin a las reminiscencias acerca de su padre, con esta frase, enorme dicha con la más engañosa naturalidad: «Mi padre fue un hombre que hizo las cosas ordinarias extraordinariamente bien.»

—¿Cómo hizo usted su primera aparición en público?

—Fue en 1888, cuando tenía 15 años, en una repartición de premios del Seminario, en la que me tocó pronunciar un discurso en nombre de mis condiscípulos. Aquellos actos revestían una gran solemnidad. Y con

esa memoria portentosa de Valencia, recita este párrafo:

«Traspase Sesostris los términos de su dominio, derrame sangre en mil combates, unza al carro de su triunfo a los enemigos vencidos, llámese rey de reyes y señor de señores, no quedará de él más que un triste recuerdo, flaca momia encerrada en la tumba de su orgullo, y de su pueblo más que la arena del desierto. *Erit Aegyptus in solitudinem* (Isaías)».

Confiesa que esa oración fue un gran triunfo juvenil, y agrega:

—Entonces se bifurcó mi espíritu y se afirmó mi vocación. Estudié lo que me gustaba: historia, retórica, latín, griego, francés, y abandoné lo demás. Como tenía entonces una memoria colosal, me aprendía una epístola de Horacio en cinco minutos. Leía muchísimo. Vivía con los bolsillos llenos de libros: Heródoto, Plutarco, Polybio, Tácito, Tito Livio, Suetonio, Dion Casio, Veleyo Patérculo, Pomponio Mela, Momen... Me aprendí de memoria todos los nombres propios que Ménéndez y Pelayo cita en su *Historia de las ideas estéticas en España*.

A los que no hayan oído ponderar la retentiva de Guillermo Valencia, esto les parecerá inverosímil; pero no lo es: el Maestro sabe de memoria todos sus poemas y otros muchos, y cuando llega el caso, los recita sin omitir una coma. Sin embargo, él se queja de que ya no posee la memoria formidable de su primera juventud argumentando:

—Para que la memoria sea realmente admirable se requieren tres cosas: que sea pronta, fiel e indefinida. A la mía le falta el tercero de estos requisitos.

La segunda aparición de Valencia en público, y su segundo triunfo, fue el discurso académico que pronunció en el acto de clausura de las tareas en la Universidad del Cauca, acerca de «la influencia de la Iglesia Católica en la Edad Media»,—en representación de la Facultad de Filosofía y Letras. Debía tener entonces entre 17 y 18 años de edad. Esta pieza oratoria lo consagró, poniéndolo en el camino de la celebridad.

Por esa misma época obtuvo Guillermo Valencia un gran éxito de carácter popular. Con ocasión de un 20 Julio, un fogoso orador liberal, Manuel Barona, ocupó la tribuna, y dejando a un lado el panegirico de los próceres que en tal efemérides se estilaba, increpó duramente a los conservadores por la dureza con los vencidos, y su peroración se convirtió en una vehemente catilinaria contra el régimen. La plaza estaba llena de gente y los partidarios del gobierno se miraban unos a otros sin saber qué hacer. Cuando el orador descendió de la tribuna, Valencia subió audazmente, e improvisó una oración más fogosa y elocuente que la de Barona, en defensa del partido conservador, que le mereció una ovación. Este fue, pues, su estreno como orador político.

Para celebrar el 20 de Julio de 1893, el Gobernador del Cauca abrió un concurso con tres temas. Valencia concurrió al certamen y obtuvo la medalla de oro correspondiente al primero, *Biografía de Don Joaquín Mosquera*. El Obispo Don Juan Buenaventura Ortiz, escritor galano y orador elocuentísimo, pronunció una oración en elogio de dicha pieza, así como del discurso académico, mencionado anteriormente, escribiendo, además, un estudio crítico acerca de este último.

Poco después terminó Valencia sus estudios de abogado, pero no se graduó. Sin embargo, posteriormente la Universidad del Cauca le concedió el diploma de «Doctor en Filosofía y Letras».

Intenté dar un nuevo giro a la conversación, iniciando una serie de preguntas:

—¿Cuál prefiere usted de los clásicos latinos?

—Julio César, nos responde sin vacilar.

Su latín es elegantísimo. Admiro a Horacio y me gusta mucho el latín en que está escrita, por ejemplo, su *Epístola a los Pisones*. Algunos alaban a Tácito, como estilista, pero yo encuentro que abusa demasiado de la elipsis y que es oscuro. Decididamente, no hay latín como el de *Los comentarios*. Además, Cicerón considera a César como el mejor de los oradores de su tiempo. Confirma este aserto leyendo la página que aquél dedica a los discursos de César, y agrega: otros ilustres contemporáneos opinaban lo mismo. Julio César es uno de los genios más grandes que ha producido la humanidad.

—¿Cuáles son para usted los mejores prosistas castellanos?

—Jovellanos, Luis de Granada, Juan de Mariana y Baltasar Gracián.

—¿Y de los franceses?

—Voltaire, Renán y Teófilo Gautier.

—¿De los poetas castellanos contemporáneos, a cuál admira usted más?

—A Rubén Darío. Una de sus composiciones que más me gusta es aquella que principia: «Era un aire suave, de pausados giros». Hay en ella una estrofa divina:

*La marquesa Eulalia risas y desvíos
daba a un tiempo mismo para dos rivaes,
el vizconde rubio de los desafíos
y el abate joven de los madrigales.*

Y agrega:

—En ese cuarteto está encerrado todo el Siglo XVIII...

—¿Cuál fué su primera composición poética?

—El soneto titulado *Decadencia*, que aparece en *Ritos*, junto otras poesías escritas del 97 al 98. Después, *Ovidio en Tome*; la tercera *Cigüeñas Blancas*; la cuarta el soneto *Esfinge*.

No resisto a la tentación de insertar aquí el soneto con que Valencia hizo su aparición en los dominios de Apolo:

Decadencia

*En el paterno muro, condenada
de avaro olvido a la venganza muda,
al cordón polvoriento que la anuda
se enreda la panoptia abandonada.*

*Largo reposo aletargó la espada
y el casco viejo de cimera ruda;
lima el tiempo la daga que, desnuda,
contuvo al paladín de sien crinada.*

*¡Pasó la noble estirpe! El hijo enclenque
trueca en establos lo que fue palenque,
las hojas de Damasco en asadores,*

*y ve impasible—pues luchar no pudo—
caer deshecho el abollado escudo
del orín a los tajos vencedores!*

—¿Cuál es el que ama más de sus poemas, o el que considera mejor?

—*San Antonio y el Centauro*. Lo escribí bajo la inspiración de una lectura en latín de la vida de San Pablo Eremita, por San Jerónimo. Desde el punto de vista del concepto ese poema trató de esbozar un paralelo entre la belleza estética del mundo pagano, con sus divinidades, sus héroes y el culto voluptuoso de las formas, frente al fundador del cristianismo y a la grandeza ética de éste. El léxico es escogido, abundante en imágenes que aspiran a la plasticidad y en muchos de cuyos pasajes, con un mínimum de recursos idiomáticos se ha tratado de producir una vasta emoción sosegada.

—¿Tardó mucho en escribirlo hasta obtener la forma definitiva?

—Dos mañanas, hasta donde dice: «Un dios más bello muestra que Apolo y Cite-rea!». El resto, en ocho mañanas.

—¿Cree haber logrado la verdadera finalidad del poema?

—Sí creo.